de esos frascos maravillosos, que campean en las tiendas de los perfumistas, están estas palabras solemnes: «No más calvos».

Palabras de gran efecto, indudablemente escritas allí para gente de medio pelo.

Bienaventurados los que lloran: este es el título, y nada más que el título, porque la comedia es un conjunto de personajes, que todos ellos son bastante infelices.

Bienaventurados los que lloran: esto es, dichosos aquellos que sufren con piadosa resignación y con santa alegría la prueba de la desgracia.

En la comedia no hay nada de esto ni por el forro.

Es una comedia que se está burlando de su título.

Digámoslo de una vez: es una verdadera comedia.

LA VANIDAD [1]

II.

Un hombre de talento, político de profesión más bien que hombre de Estado, suelto de lengua, agudo de ingenio, bastante pagado, no de su persona precisamente, sino de su personalidad, hablando de otro personaje de la misma especie, no menos importante y ruidoso, decía con mucha gracia:

«Si ese hombre asiste á una boda, quisiera ser el novio; si asiste á un bautizo, quisiera ser el recién nacido; si asiste á un entierro, quisiera ser el muerto.»

Este no es el retrato moral de un hombre; es más bien el bosquejo de toda una generación. ¿Quién, en una boda, no quisiera ser el novio? ¿Quién, en un bautizo, no quisiera ser el recién nacido? ¿Quién, en fin, en un entierro fastuoso, aunque no sea más

[1] Este artículo es continuación del publicado con el mismo título en *Nuevas hojas sueltas*, pág. 187.

que por el momento de la solemnidad, no quisiera ser el muerto?

¡Ah! Eugenia ha pasado ya el Rubicón de la edad; le ha dado la vuelta al mundo de las ilusiones, de las esperanzas, de las perspectivas; ha entrado resueltamente en el período de las tristes realidades; una cana aquí, una arruga allá, son nubes que obscurecen el cielo de un sol que se pone.

Sea; porque envejecer es el fatal destino de todas las cosas; mas si no se puede detener el tiempo, no faltan recursos para aplazar sus terribles fechas. Algo hay en los prodigios de la invención humana para engañar á la juventud que huye asustada de los años, y decirle: «Espera, espera un momento. No me despojes tan pronto del encanto de tus atractivos. ¿Qué prisa tienes? Acaba de descubrirse un cosmético maravilloso; sus falsos efectos sobrepujan á la verdad misma. Verás qué chasco le damos al mundo».

Y, en efecto, Eugenia, reclinada en el fondo de su palco, ó abandonada á los blandos cojines de su carretela; á la luz del gas que disimula los desperfectos, ó bajo la sombra de un velo que oculta las imperfecciones, lanza á las miradas ociosas que la siguen, relámpagos de juventud y resplandores de belleza.

La memoria cruel le repite sin cesar, en los momentos de sus más vivas satisfacciones, la fecha inexorable de su partida de bautismo; pero ¿qué le importa ser falso al duro que pasa? ¿Acaso no consiste en el valor nominal la vanidad de los billetes de Banco?

Eugenia no ha de ser menos que el plomo secretamente acuñado que circula revestido con todo el aparato de las monedas de plata, ni menos que esa hoja de papel cubierta de caprichosos dibujos que pasa de mano en mano como moneda corriente.

No hay derecho para impedir que una mujer, más ó menos bella, se mantenga en estado de juventud todo el tiempo que pueda: ¿por qué, pues, Eugenia no ha de ser eternamente joven? Josué detuvo al sol para poder concluir la terrible batalla; pues bien: Eugenia no quiere más que detener la juventud para recoger la admiración de sus últimos triunfos.

Eso sí, hay que huir de ciertas claridades indiscretas; la luz de la mañana suele ser demasiado curiosa, y, lo que es peor, demasiado habladora. Hay gentes dotadas de suma impertinencia, terribles estadistas que llevan en las puntas de los dedos la cuenta corriente de los años que han caído sobre todas las personas que conocen, como si no tuvieran bastante con los suyos; hay hijos que crecen muy pronto, y de la noche á la mañana se hacen hombres y se hacen mujeres, y llevan por todas partes las fechas de las madres.

Son contratiempos que no hay todavía modo de orillar; mas ahí están los espejos que no nos dejarán mentir, profundidades sin fondo, abismos en que todo es superficie, especie de ecos mudos que

repiten los contornos de todo lo que se les pone delante.

Y bien: ¿qué dice el espejo?

El espejo dice que Eugenia se encuentra en la flor de la edad; que su boca, encendida como una cereza, sonríe lo mismo que pudiera hacerlo la boca de una niña; que los ojos brillan con todo el fuego de la juventud bajo los dobles arcos de unas cejas que ni pintadas; que sus rizos, en fin, flotan sobre su frente, más tersa que la luna misma del espejo, con un matiz rubio más perfecto, más artístico, más acabado que los que suele conceder la naturaleza.

¿Lo dice el espejo?

Sí.

Entonces, lo demás, ¿qué importa?

Eugenia es feliz; pasa por joven, y su vanidad está satisfecha.

*
**

Realmente, yo soy un ser insignificante; muchas veces hablo á mis solas conmigo mismo, y me lo digo sin que nadie lo oiga. Creo que todo el mundo o sabe; pero sea como quiera, ese es mi secreto: mas ¿no hay por el mundo una cinta que me condecore, una banda que me adorne, una cruz siquiera que haga ver en los días solemnes que yo también vivo sobre la tierra?

Apenas soy excelente, cierto; mas, por eso mismo, ¿no debo pensar en ser excelentísimo! Sí; los tiempos son incrédulos; no es la fe la virtud en que más nos distinguimos, y, sin embargo, ¿quién no tiene ya una cruz que acompañe á la soledad de su persona? Las tienen hasta las sepulturas.

Soy hombre, y quiero hombrearme. Se cruza el mar, se cruzan los caminos, se cruzan las calles, se cruzan los brazos, se cruzan las manos; vamos de asombro en asombro, y casi pasamos la vida haciéndonos cruces; ¿qué inconveniente puede haber en que yo sea cruzado? Tengo bastante pecho para llevar una banda; ¿qué más se necesita?

Bueno; un amigo, ó un pariente, ó un corredor de honores y distinciones, Dios sabe cómo, me ha facilitado la condecoración que deseaba. Aquí está la placa que resplandece y la banda de seda que hace aguas.—Se ha hecho el milagro, y yo me lo cuelgo.

No puedo pasar por delante de un espejo sin inclinarme delante de mí mismo, y lleno de admiración ante mi propia imagen, exclamo: «¡Ah! ¡Yo soy ese!....»

Soy el mismo, á lo menos así debo creerlo, porque mis hijos todavía me dicen padre; mi mujer continúa empeñada en que sigo siendo su marido; mis amigos me tutean como siempre; mis parientes no dejan de llamarme Pedro á secas, y aquel amigote antiguo de mi padre ¡qué imbécil! no deja la manía de llamarme siempre el gaznápiro de Perico.... Pero, ¿no es verdad que parezco otro?....

Calígula hizo senador á su caballo, mas no hay noticia de que el soberbio animal se envaneciese de la dignidad que se le había concedido; prefirió ser caballo á ser senador romano bajo el imperio de Calígula. Los hombres hoy prefieren ser grandes cruces á ser hombres.

*
**

Sin duda alguna, no es absolutamente indispensable, para pasar unos cuantos días sobre la tierra, la opulencia de un buen *hotel*, el lujo de una gran mesa, ni el regalo de un coche bien guarnecido siempre á la puerta; pero es el caso que la gente ha tropezado con la dificultad de que no se puede vivir sin buen *hotel*, sin gran mesa, y sin un coche siquiera, y andamos dándonos de calabazadas, corre que te corre, detrás del *hotel*, de la mesa y del coche, como si no hubiese nada más que ver en el mundo.

¡Y qué vamos á hacerle!.... Hay que encontrar el *hotel*, la mesa y el coche, ó esconderse en el último rincón de la tierra, lo cual equivale á enterrarse vivo. ¿Y cómo encontraremos esos tres elementos indispensables para que se pueda decir que vivimos en el mundo?....

No hay más que cerrar los ojos, y echar la casa por la ventana.

Hotel, mesa, coche; aquí están: ¡oh fortuna!; parece que nos estaban esperando.... ¡Qué bien se

vive!.... ¡Vea V. qué *comfort!*.... ¡qué *ménu!*.... ¡qué *toilette!*.... De aquí, á la gloria.... No, no; de aquí á ninguna parte...., porque, justo es reconocerlo, esto no tiene salida.

Las gentes nos miran con la boca abierta.... «¡Qué bien viven!», se dicen unas á otras.... El *hotel* es precioso, la mesa espléndida, el coche de todo lujo.... ¡Qué escalera! ¡qué estatuas! ¡qué cuadros! ¡qué alfombras!....

Así son los cuatro rasgos de la perspectiva; la vanidad se halla satisfecha; pero es el caso que detrás de la superficie está el fondo, detrás de la apariencia la realidad, detrás del lujo la cuenta.

Se ha echado la casa por la ventana, y, en efecto, todo se encuentra ya en la calle.... Sólo el *déficit* se ha quedado detrás de la puerta.

Allí todo brilla, todo encanta, todo admira; pero allí también, ¡qué crueldad de las cosas!, todo se debe.

El lacayo galoneado que se pasea en el vestíbulo, anuncia:

«¡El Duque! ¡La Duquesa! ¡El Conde! ¡La Condesa!»

¡Oh! ¡Qué satisfacción!....

Ese mismo lacayo entra después, y dice:

«El tapicero, el mueblista»....

¡Oh, qué angustia!....

Este doble estado de las cosas puede mantenerse algún tiempo, porque, al fin, el deber es respetable. ¿Queda acaso otro deber en el mundo civilizado más que el deber dinero?

Tira de aquí, tira de allí, se va trampeando, y la vanidad flota todavía sobre las aguas del diluvio. De puertas afuera, todo va bien; *hotel*, mesa, coche..... La gente pasa, mira, y dice: ¡Qué bien vive!... De puertas adentro, la cosa varía: *la cuenta, la deuda, la trampa.* ¡Qué vida!

En general: ¡qué opulencia!

En particular: ¡qué miseria!....

*
**

¡Qué demonio de diccionario es el que se me ha metido en la cabeza! Yo hablo por los codos. Ya sé que no digo nada; ¡qué he de decir, si hemos llegado á unos tiempos en que todo está dicho!; pero mi lengua es una lanzadera que teje un discurso en el filo de una espada.

Palabras, palabras, palabras.... Bueno; pero ¿no hay cuatro amigos, como cuatro torres, que echen las campanas á vuelo cada vez que yo hablo?

El aplauso no es más que el ruído fugitivo con que agitan el aire, al chocarse entre sí, las palmas de las manos; pero al fin es ruído, y mientras suena, suena.

Cae la piedra en el estanque, y desaparece en el fondo del agua; mas la superficie se conmueve, y una sucesión de círculos nace, y se extiende, y se ensancha hasta desvanecerse. Un momento después todo se lo ha tragado el abismo; no queda en el agua señal ninguna de la piedra.

Es un efecto pasajero: muy bien; quiere decir que soy el relámpago que brilla un momento, pero, al fin, brilla. La satisfacción de mi vanidad, ¿qué más quiere?

Á este efecto de perspectiva hay que sacrificarlo todo; y si hay necesidad de incendiar el mundo, se le incendia para que me vea.

Yo no soy precisamente la soberbia que todo lo sabe, que todo lo quiere, que todo lo puede; soy sencillamente la vanidad, que se contenta con las apariencias del poder, de la sabiduría, y hasta del deseo; porque, en resumidas cuentas, me he erigido en mi propia estatua, y basta á mi satisfacción poder decir á la multitud: «Miradme.»

Yo soy mi propio monumento, y si no hubiera manos que me aplaudiesen, me aplaudiría yo solo.

Mi vanidad me ha hecho dios de mí mismo, y he aquí que me arrodillo delante de mi persona para adorarme.

*
**

El mudo debe estar hueco como las campanas, puesto que tan fácilmente resuenan en él los ecos de todas las vanidades.

Los sentimientos más legítimos se encuentran de continuo inficionados por el aliento de la vanidad que se respira en el mundo.

—¡Conoce V. á....?

—Mucho; ¡quién no la conoce! Es una gran señora.

—Diga V. más bien una excelente madre.

—Sin duda: ama á su hija muy tiernamente.

—¡Ya lo creo! Cabalmente anoche estaba inconsolable.

—¡Cómo!....

—Quiero decir, furiosa.

—Pues ¿qué le sucede?

—¡Friolera! Figúrese V. que al gran baile del jueves llevó su hija un collar de perlas, que, según todos los cálculos de la familia, debía causar un efecto extraordinario, porque, además, la chica es blanca como la nieve.

—¡Y lo ha perdido!

—Más que eso.

—¡Más!

—¿No ha leído V. la reseña del baile que hacen los periódicos?

—No. ¿Acaso se valen del collar para algún equívoco de mal gusto? ¿Hay alguna lisonja que llega á lo vivo? ¿Alguna reticencia?....

—Esa es moneda corriente, una flor más ó menos delicada, más ó menos honesta, es siempre una flor que no ofende, porque agrada. No se trata de eso; se trata de que aparecen en las reseñas el aderezo de ésta, la falda de la otra, los encajes de aquélla, los hombros de la de más allá, el zapato de raso, el talle de junco...., todo perfectamente diseñado.

—¿Y del collar?

—Nada, no dicen ni una palabra. Cuello y collar, como si hubiesen caído en un pozo. ¡Olvido imperdonable! Á la chica le ha costado muchas lágrimas ese odioso silencio, y la madre pone al revistero de vuelta y media. Temo un desastre, porque si llega á echarle la vista encima, esté V. seguro de que lo araña.

—¡Qué diablura!....

—Le digo á V. que es espantoso lo que ocurre en aquella casa.

*
**

¡Ah! No nos acusemos de soberbia, no nos culpemos de envidia; porque, si reparamos bien en todo lo que nos rodea, sacaremos en limpio que no somos más que vanidosos. ¿Le hemos de conceder á nuestra vanidad la satisfacción de calumniarnos?

FIN.

ÍNDICE

LUCES Y SOMBRAS.

Páginas.

Brutos célebres..... 7
El mundo..... 23
Año nuevo..... 57
La estatua de la Comedia..... 71
Un billete personal..... 77
Cuestión doble..... 85
Los descubrimientos..... 93
Navidad..... 103
Carnaval..... 115
Una cosa casi imposible..... 129
Blondin..... 137
La casualidad..... 143
Una nueva clase..... 155
Pensamientos íntimos..... 163

LIBRO DE MEMORIAS.

Cuestión luminosa..... 205
Fausto..... 209
Cuenta de una semana..... 215
M. Pietrópolis..... 223

El Carnaval de 1866..... 229
La homeopatía..... 237
Adelina Patti y Mario, ó sea una tiple que empieza y un tenor que acaba..... 245
Har-Hee y Sam-Hung..... 255
Alcalá Galiano..... 259
El Duque de Rivas..... 263
Pacheco..... 267
Ventura de la Vega..... 269
Lo bueno y lo nuevo..... 273
9 de Agosto de 1865..... 279
Un viaje en cuatro cartas.—Carta primera..... 287
— Carta segunda..... 293
— Carta tercera..... 299
— Carta cuarta..... 303
Cinco leones..... 309
Saber morir..... 319
Un castillo en el aire..... 325
La comisión..... 327
Los herederos de nuestros nietos..... 329
¡¡¡ !!!..... 333
La multitud..... 337
Oportunidad..... 347
El gran poder..... 355
La tragedia..... 361
Una comedia..... 367
La vanidad..... 371

LU
SO
LI
MEI